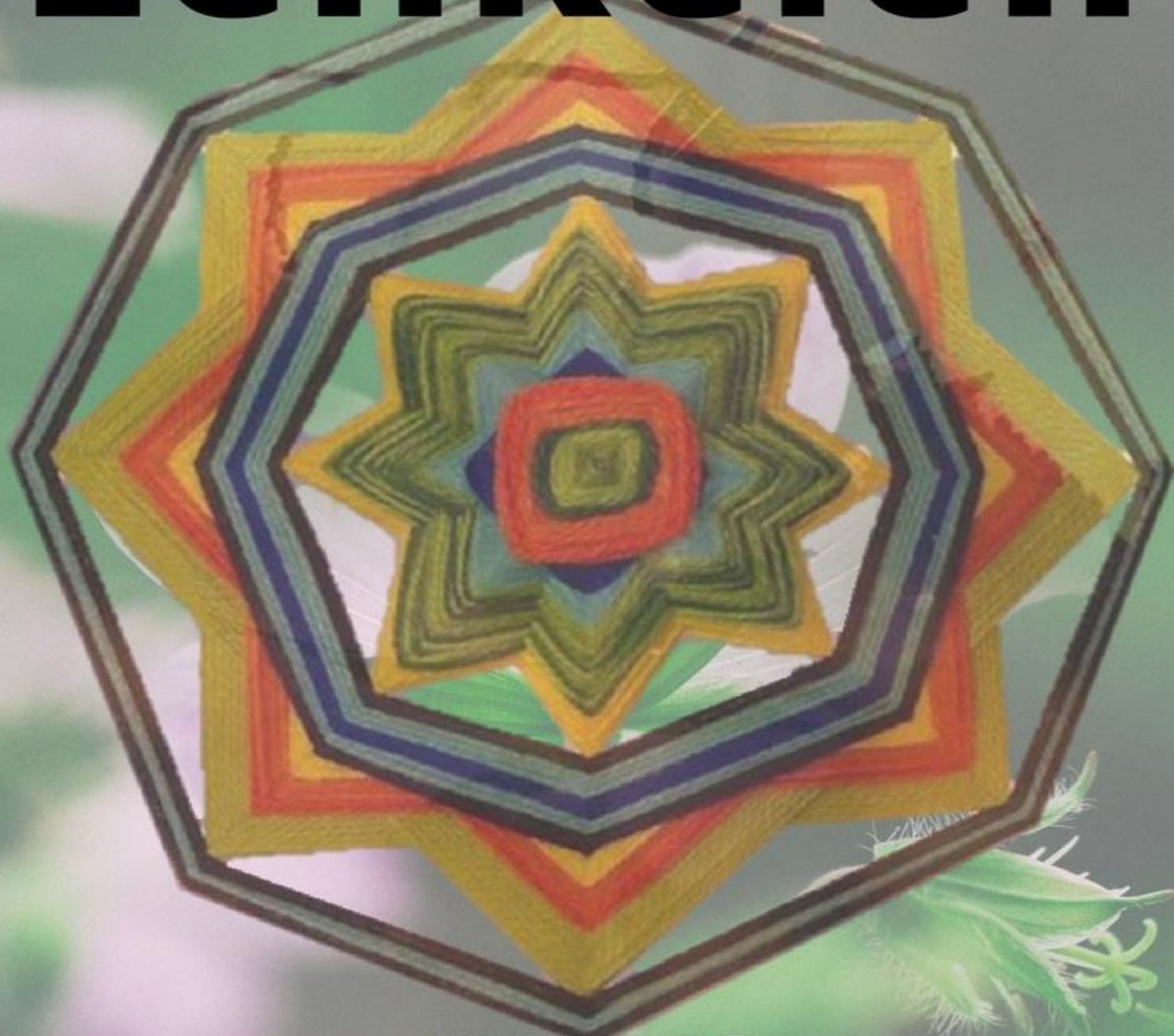


VOL. II

ISSUE NO. 3

APUNTES DE TRABAJO SOCIAL

Lelikëlen



CISETS

CENTRO DE INTERVENCIÓN E INVESTIGACIÓN SOCIAL ESCUELA DE TRABAJO SOCIAL
UNIVERSIDAD DEL BÍO-BÍO
CHILLÁN

PRESENTACIÓN

Trabajo Social crítico: Fundamentos, experiencias y reflexiones

Héctor Vargas Muñoz
Trabajador Social
Referente Académico CISETS

A punto ya de culminar las actividades de este año, y como suele ocurrir cuando finalizamos un proceso, es tiempo de destinar tiempo a la reflexión. Aparecen entonces en nuestro horizonte los conceptos ligados a la evaluación, partiendo por seleccionar alguno de los modelos disponibles, de acuerdo a la naturaleza de nuestra intervención. No obstante, lo que no siempre hacemos es reflexionar acerca de (y menos aún, poner en “cuestión”) la perspectiva que hemos adoptado para comprender la dinámica de la situación sobre la que hemos intervenido, aquellas perspectivas de abordaje que permiten dar sentido a lo que hacemos. Y allí, lamentablemente, solemos olvidar que “si no sabes dónde vas, cualquier camino sirve...”. Este número de nuestra revista está íntegramente dedicado a apuntalar esa reflexión y de alguna manera contribuir a la respuesta de esa inquietante (aunque escasa) pregunta: ¿desde dónde estamos mirando nuestra intervención en Trabajo Social?

Las perspectivas funcionalistas de nuestro devenir disciplinario suelen instalarse en la retina de los trabajadores y trabajadoras sociales desde sus inicios en la formación profesional: ayudar al prójimo, acompañar a los necesitados y paliar la pobreza (o “apaliar” como suelen escribirlo inicialmente), son términos que se escuchan con demasiada frecuencia en nuestra disciplina, dando cuenta de esa impronta invisible del neofilantropismo.

El artículo de Carmen Gloria Jarpa persigue dar cuenta precisamente de la perspectiva antagónica, la búsqueda de un trabajo social fundado en una perspectiva ético-política emancipatoria y los aprendizajes que ha dejado la experiencia de CISETS en esa búsqueda. Sin duda alguna, develar las perspectivas funcionalistas implica revisar nuestra actuación profesional y los preceptos que le orientan y este artículo constituye un bien fundado punto de vista para reflexionar al respecto.

Con el mismo propósito, Cory Duarte nos propone una lectura actualizada del enfoque crítico en el trabajo comunitario, rescatando la perspectiva de género en su artículo e interpelándonos a ampliar nuestro proceso formativo (formal e informal), integrando las distinciones teóricas, epistémicas y metodológicas que dan sustento a la perspectiva y que nos invita a revisar y resituar el sentido de nuestra práctica, otorgando real protagonismo a las propias comunidades y sus integrantes y, al mismo tiempo, restando de nuestro accionar los visos de autocentrismo tan característicos de las intervenciones en exceso institucionalizadas.

Asimismo, el artículo de Luis Vivero nos invita a recuperar el sentido eminentemente político de nuestra acción profesional, el que a lo largo de los años de instalación del neoliberalismo en nuestra sociedad ha intentado ser identificado como la causa de la pérdida de objetividad y racionalidad en nuestra intervención, achacándosele toda suerte de “desviaciones” respecto del trabajo social aséptico, neutro, funcional. La invitación pone en cuestión ese trabajo social que por la vía de la búsqueda de la supuesta “neutralidad política”, sólo nos hace partícipes de la reproducción del sistema hegemónico. La invitación apunta a desnaturalizar y descolonizar nuestro proceso (auto)formativo de los enfoques economicistas neoliberales, recuperando nuestra conciencia acerca del sentido de la acción política en el trabajo social.

Finalmente, la búsqueda del sentido para el trabajo social emancipador implica también –como si no–, el desarrollo de un conocimiento científico de matriz crítica. Desprenderse de categorías y enfoques analíticos que provienen de una Ciencia Social estrechamente dependiente de nutrientes neoliberales, basados en la lógica de la normalización, para pasar a la producción de un conocimiento basado en otras Ciencias Sociales, ligadas al relato rupturista de patrones hegemónicos de comprensión de la realidad, que abran escenarios para el trabajo social ético-político emancipatorio. El artículo propuesto por Claudia Garrido nos invita, precisamente, a caminar por esa senda.

En síntesis, con este nuevo número de Revista Lelikelén y su aporte reflexivo al sentido integral que acompaña la transformación social, avanzamos en la construcción y deconstrucción de un mundo nuevo, un mundo en el que el Trabajo Social con perspectiva crítica tiene más que un grano que aportar. ¿Cuál será el tuyo?

**¿Cómo nos resistimos a las prácticas de dominación?:
la experiencia del Centro de Intervención e Investigación Social
de la Escuela de Trabajo Social de la Universidad del Bío-Bío**

Carmen Gloria Jarpa Arriagada¹

“De los pobres sabemos todo: en qué no trabajan, qué no comen, cuánto no pesan, cuánto no miden, qué no tienen, qué no piensan, qué no votan, qué no creen.... Solo nos falta saber por qué los pobres son pobres... ¿Será porque su desnudez nos viste y su hambre nos da de comer?”

Eduardo Galeano

La tesis de esta reflexión plantea la re-significación del paradigma crítico y su vigencia en nuestra profesión como imprescindible para el trabajo social chileno. Específicamente, planteamos la recuperación del trabajo social ético-político emancipatorio (Montaño, 2004, 2007), desde un enfoque comunitario de inmersión poblacional.

Afirmamos que los trabajadores sociales debemos mantener una vigilancia epistemológica reflexiva-crítica de nuestros saberes, creencias, prejuicios y lógicas de poder. En efecto, nuestra “intervención” (desde su origen lingüístico inclusive), nos debe llevar a preguntarnos constantemente si lo que hacemos lo hacemos desde la predominancia del bien-estar del “otro/a” o desde alguna lógica de dominación o reproducción de desigualdad, como resabio del positivismo incubado en nuestra profesión.

Desde esa “operación de distinción” ponemos en tensión las prácticas de formación “institucionalizadas” y exponemos la experiencia del Centro de Intervención e Investigación Social de la Escuela de Trabajo Social (CISETS) de la Universidad del Bío-Bío, sede Chillán, en una triple dimensión: (i) Como espacio de formación de nuevos/as trabajadores/as sociales; (ii) como plataforma de sistematización de experiencias de intervención comunitaria crítica y (iii) como posibilidad de consolidar un espacio de investigación activista.

La intervención en Trabajo Social: tensiones entre emancipación y dominación

Afirmamos que la tensión entre dominación y emancipación constituye una discusión sin clausura en el Trabajo Social. En el examen de distintas perspectivas históricas se reconoce la existencia de una corriente tradicional ligada al positivismo, una línea radical y otra feminista (Escartín, 1994). Resulta interesante en el despliegue de estas ideas el reconocimiento explícito del Trabajo Social como el aceite que mantiene engrasadas las ruedas del sistema,

¹ Asistente Social, Licenciada en Educación, Magíster en Familia, © Doctora en Ciencias de la Educación, Coordinadora Académica del Centro de Intervención e Investigación Social de la Escuela de Trabajo Social (CISETS).

aludiendo a nuestro papel como productores, mantenedores y reproductores de desigualdades sociales.

Una de las posturas interesantes a revisar en la lógica de dominación, es la que vincula esta estrategia a la profesionalización del Trabajo Social. En efecto, para Healy (2001), la ideología del profesionalismo se asocia a la dominación en tanto, (i) los profesionales son reconocidos como expertos, poseedores de un saber erudito que debe ser entregado para iluminar al ignorante; (ii) naturaliza la relación jerárquica desde una incuestionada omnipresencia del dominador, y; (iii) perpetúa relaciones de opresión, control y vigilancia hacia los sujetos. Desde esta perspectiva, Trabajo Social sería un elemento indispensable de la maquinaria estatal y capitalista, con miras a reducir el desorden social y lograr la adaptación de las masas populares a la desigualdad e inequidad, pero sin hacernos cargo de una transformación estructural de la sociedad.

Por otra parte, nos encontramos con una postura más crítica del Trabajo Social (a la que adherimos), donde resulta explícito un rechazo/oposición a las relaciones de poder que impregnan los encuentros de los trabajadores sociales con los usuarios, clientes, sujetos de intervención, actores sociales (que desde el lenguaje, ya construye diferencias). Al adoptar este enfoque, la literatura señala que los trabajadores sociales debemos ser conscientes de nuestra posición en las estructuras de dominación, ya sea raciales, de clase, de género, entre otras (Heron, 2005).

Las prácticas institucionalizadas: ¿reproducción de lógicas de dominación?

Probablemente una de las cuestiones que caracteriza a Trabajo Social como profesión es que se desarrolla, mayoritariamente en contextos «institucionalizados». Según Vidal-Molina, (2009), un 67% de los trabajadores sociales se desempeña en un ámbito institucional. En efecto, en una institución el ejercicio y quehacer profesional está fuertemente delimitado por ejes programáticos y temáticos que proceden, la mayoría de las veces, de un fuerte mandato derivado de la política social/sectorial a la que tributa. Cabe añadir que la mayoría de las instituciones en la que nos desempeñamos forman parte del aparato del Estado. Por tanto, el ejercicio vivo de co-construcción de la «realidad profesional» recibirá no sólo la influencia de los requerimientos institucionales (Payne, 2012), sino, además, una serie de mandatos vigilados por la rendición de cuentas, como lógica subyacente a la eficiencia y eficacia neoliberal.

Las instituciones de educación superior y, específicamente las escuelas de Trabajo Social como entidades formativas, hemos venido desarrollando y «perfeccionando» sistemas de prácticas profesionales que, si bien logran varios y destacables procesos de desarrollo humano individual en muchos estudiantes, tensionan muchas veces las reales necesidades formativas del “perfil de egreso” y se rinden a los requerimientos de «instituciones» que podrían tener

sólo la intención de agregar mano de obra barata y supervisada durante 10 meses en el año (tiempo que dura el periodo de prácticas en la UBB). En muchas de esas instituciones, los estudiantes hacen “lo que se les pide hacer”; “ejecutan la línea de intervención previamente definida”; “están sujetos al levantamiento de evidencias” y “deben realizar una rendición de cuentas”, en una lógica enajenada y paralizante, congruente con el discurso neoliberal. ¿Qué es posible que emerja en prácticas formativas como éstas?, ¿cuánto de lo subalternizado aparece en las prácticas profesionales?, ¿cuánto de reflexión hacemos cuando nuestra posición acrítica no logra advertir las maniobras de dominación que se despliegan por doquier no sólo sobre los pobladores sino también sobre los propios trabajadores sociales?.

En un escenario repleto de estas interrogantes, como Centro de Intervención e Investigación Social (CISETS), nos propusimos desde el año 2013, cambiar el giro de los acontecimientos en una propuesta de actuación profesional “des-institucionalizada”, entendida como aquella praxis que se desarrolla fuera del aparato del “Estado” ortodoxamente entendido. En esta «operación de distinción» decidimos co-construir una práctica social desde los saberes populares, con los sujetos como actores sociales relevantes y desde una perspectiva de voluntariedad sin ambages. Nos propusimos hacer Trabajo Social ético-político emancipatorio.

El trabajo social ético-político emancipatorio: lo luminoso y lo nebuloso

Si partimos de las ideas de Gramsci (1970, 1981, 1999), quien afirma que el conflicto es un recurso y la autonomía una conquista progresiva y no un estado de cosas, podríamos inferir que la emancipación debe fraguarse en el campo de la consciencia de clase y la disposición a actuar como “clase”. En este sentido, la dialéctica en Gramsci recupera a un sujeto (individual o colectivo), que se niega constantemente y en esa negación se despliega su ser otro. Esto supone un sujeto inmerso en una red de relaciones que lo modifican y lo reconstituyen en su proceso de desarrollo. Dialécticamente, por tanto, un proceso social es y al mismo tiempo no es, porque continuamente se niega y se supera. Para Gramsci, en eso consiste el devenir. En este devenir, la contradicción es permanente. Desde esta perspectiva, podemos plantear que la hegemonía “se hace” en un proceso contradictorio que involucra a los sujetos dominados desde el conformismo y a los sujetos dominantes desde la persuasión. A no dudarlo, desde el pensamiento gramsciano la hegemonía adquiere ribetes de complejidad, ya que supone una renegociación permanente del «sentido común» como lugar primario de la lucha ideológica.

En efecto, este proceso lo entendemos no como algo exterior y que sucede fuera de los sujetos, sino como un proceso donde los sujetos son protagonistas, incluyendo ideas diversas y hasta antagónicas. En este sentido, el concepto gramsciano de hegemonía aplicado a la educación (en Trabajo Social o en cualquier disciplina) define una forma de dominación que ejerce el control social a partir del uso de instrumentos ideológicos, con el propósito de imponer una determinada y única visión del mundo sobre los dominados. Lo peculiar de la hegemonía, en

el sentido gramsciano, es justamente que esta dominación no se ejerce por imposición o inculcación ideológica, sino que ella radica en la naturalización del control social, que mediante un proceso de saturación, se vuelve cotidiano y por tanto habitual y no cuestionable.

En atención a lo expresado, podemos afirmar que la relación entre hegemonía y educación se traduce en la utilización de un dispositivo de transmisión ideológica que eleva el capital cultural de los individuos para la adquisición de la conciencia de clase. Este proceso, para Gramsci, lo realizan «los intelectuales» y particularmente los intelectuales que él llama «orgánicos». De aquí la importancia de la educación, ya que ella desempeña un rol esencial en la formación de los intelectuales del bloque emergente, como también lo desempeña en la gestación del bloque dominante. Por consiguiente, el proceso educativo es trascendente en la construcción de un nuevo sujeto, de un nuevo ciudadano con conciencia de clase (Jarpa-Arriagada, 2015).

En la experiencia del CISETS, hemos ido fraguando un proceso de intervención comunitaria que, desde las ideas gramscianas, recupera la necesidad de actuar como intelectuales orgánicos. Bajo esta mirada, hemos dado importancia a la inserción paulatina en los barrios, con respeto irrestricto a sus tiempos y velocidades, reconociendo sus saberes populares y situándolos en una relación comprometida y responsable. Nos miramos continuamente para escudriñar cualquier trazo de asistencialismo o paternalismo. Actuamos, entendiendo al otro/a como un sujeto histórico/a, situado/a en un espacio y momento específico, particular, pero trayendo consigo su memoria, su identidad, sus experiencias. Hacemos grandes esfuerzos para manejar los ciclos de adherencia y desconexión hacia los procesos desarrollados; intentamos comprender que una actuación ética-política emancipatoria no puede caer en el juego de los egos, de las evidencias, de las lógicas del management. Podríamos decir que ese es un lado luminoso.

Un aspecto luminoso pero a la vez nebuloso, por las constantes contradicciones que genera en la profesión, es la discusión de lo ético-político. Si seguimos a Gramsci, lo político es la ética de lo colectivo, y desde ese «estar» en la profesión, deberíamos lograr coherencia con la revitalización del tejido social perdido, deberíamos renunciar a la neutralidad y a la objetividad y apostar por una mayor «politización», deberíamos ejercitar más la comprensión de las estructuras sociales que provocan desigualdad y «estar menos» en «la queja». En este sentido, coincidimos con Zamanillo & Martín (2011), cuando afirman “el quehacer político está relacionado con la ética porque la política es ética y viceversa. Se trata pues de la ética-política” (p.103). En esta misma línea, Zamanillo y Martín (2011) apuestan por un trabajo comunitario que pueda contribuir a contrarrestar los efectos negativos del individualismo, de la atomización, de la fragmentación social, impulsando la co-construcción de un nuevo sujeto individual y colectivo. Adherimos a esta propuesta y la experiencia nos indica que es un proceso que se teje y que discurre lentamente, con vaivenes, avances y retrocesos, y que además nos pone de frente el dilema profundo de estar surcando rumbos que requieren de una

deconstrucción de la identidad profesional ligada al saber erudito para transitar los senderos de la emancipación, recuperando la Educación Popular.

Uno de los aspectos sombríos lo constituye el dispositivo conceptual inclusión/exclusión o “inclusión excluyente” (Ezcurra, 2011). Esto es, el fenómeno de la exclusión se configura en un difuso recorrido entre la implementación de políticas de inclusión y la exclusión como una manifestación multifactorial de la reproducción social asociada a diferencias socioeconómicas o de capital cultural (Giraldo-Zuluaga, 2015). En este sentido, debemos estar alertas cuando estamos “excluyendo” en una acción de “inclusión”, ya que como inclusión y exclusión no constituyen polos opuestos sino que una trayectoria, reconocemos que hay acciones que podrían entramparnos en una paradoja que deviene históricamente de la discusión sobre nuestro “objeto de intervención”. Cuando intervenimos sobre una comunidad catalogada como problemática, ¿lo hacemos para disminuir la desviación de lo estipulado como «normal» o para sumergirnos en esos procesos respetando sus patrones culturales? ¿cuánto de exclusión hay en las categorías mujer, pobre, jefe de hogar, niño, vulnerable, carencia, problema? ¿creemos que lo popular es marginal? . Hacemos una interpelación a identificar los nudos paradójicos entre conceptos como voluntariedad/obligatoriedad; participación/manipulación; emancipación/control; inclusión/exclusión.

En un trabajo social ético-político emancipatorio debemos advertir tempranamente si la relación profesional sigue enfatizando el asistencialismo y paternalismo, favoreciendo relaciones asimétricas desde la ayuda y la caridad, desde la dominación y el poder. Afirmamos que la relación profesional se desarrolla en un ambiente donde la tensión de poderes está de parte del profesional, quien asume, un rol activo y experto, y promueve en los actores sociales roles más bien pasivos. Esta relación asimétrica en muchas ocasiones ubica al profesional en un territorio de comodidad. Esto es, en tanto el poder nos es asignado por «el otro/a», los trabajadores sociales parecemos sólo responder frente al tipo de relación definido (Jarpa-Arriagada, Castillo, & Toro, 2014).

Por otra parte, coincidimos con Duarte (2012) en que las condicionantes del trabajo comunitario en Chile se constituyen en otro aspecto opaco del trabajo social emancipatorio. En efecto, tanto el sistema económico que genera pobreza y desigualdad como las políticas sociales basadas en el asistencialismo y la precariedad laboral, se levantan como fuertes limitantes a una perspectiva más crítica. Si sumamos a ello la primacía del cambio visto como reforma (Escartín, 1994) o la actividad reformista en general, podemos identificar la naturalización de procesos que contribuyen más a la perpetuación de las relaciones de opresión que a la emancipación de los sujetos. En suma, el dominio paradigmático del Estructural-Funcionalismo nos ha hecho pensar que, al reformar, estamos transformando, cuando todo indica que cuando reformamos sólo estamos adaptándonos y adaptando a los sujetos/as a condiciones precarias de vida, a la conculcación de muchos o todos sus derechos, a la naturalización de relaciones de dominación, y a la reproducción de las mismas,

adquiriendo como trabajadores sociales un papel protagónico en dichos patrones de perpetuación.

Ergo, un trabajo social ético-político emancipatorio requiere de trabajadores sociales «activistas», cuestionando las estructuras de opresión, conscientes en su clase y de su clase; y produciendo concienciación. En efecto, la conciencia modificada es una precursora fundamental del cambio estructural (Healy, 2001). Posiblemente desde esta conciencia modificada se logre conseguir la lucha de despliegue múltiple en palabras de Gutiérrez-Aguilar (2017), y re-pensar la memoria y lo «popular» para volver indispensable el análisis de lo cotidiano y de las subalternidades, para resignificar lo político y lo ideológico en nuestras prácticas. Como afirma Duarte (2012), es precisamente en la dimensión pragmática donde los conflictos éticos se despliegan y dónde tenemos que administrar nuestra adscripción institucional, nuestra vinculación con otras instituciones y nuestras proximidades con las personas, los grupos y las comunidades.

Para desafiar aquello nebuloso y sombrío de las intervenciones comunitarias actuales, planteamos como un reto el desarrollo de la investigación activista. Esta modalidad ha sido conocida en nuestra profesión como Investigación-Acción-Participativa, pero viene renovada a partir de experiencias concretas en situaciones de fuerte compromiso social de los investigadores. Hablamos de una inserción comunitaria donde las personas no son sólo meros sujetos de investigación. El investigador se vuelve un activista de la causa emprendida por el grupo; lo acompaña, lo asesora; trabaja con ellos desde una lógica de compromiso social. Aquí no caben los utilitarismos y las comodidades. Las personas retoman su calidad de seres humanos con derechos, las comunidades retoman su conciencia e identidad propia. Los movimientos se nutren de sus saberes y los saberes populares nutren las intervenciones. Tal como lo plantea Healy (2001), si buscamos la transformación radical de la desigualdad social y la re-significación congruente de nuestros procesos de prácticas sociales no podemos lograrlo dentro del orden social vigente. Resulta imperioso conectarse con los sentidos barriales, populares, poblacionales.

Además, siguiendo a Netto (2008) debemos conocer nuestros límites profesionales, en el sentido de que ninguna acción profesional por sí misma, suprimirá la pobreza y la desigualdad del orden del capital. Conocer esos límites nos posibilita superar el mesianismo (creer que tenemos poderes redentores) y el fatalismo, como adhesión a-crítica a la burocracia elemental, omnisciente, omnipresente y omnipotente. Para materializar una actuación profesional ética-política emancipatoria podríamos entender la ética desde Cortina, (2008), quién le agrega el calificativo de ética «comunicativa». En efecto, desde esta mirada, los seres humanos nos constituimos como personas cuando otros nos reconocen y nosotros les reconocemos. En dicha alteridad se descubre un vínculo que nos interpela a una relación más allá de una mera exigencia. Postula una relación consciente, comprometida, profunda, ética-política.

En suma, adherimos a un trabajo social ético-político emancipatorio, que supera el colonialismo imperante, desde la visión de Santos (2006) cuando asimila el colonialismo a ver al otro/a como objeto y no como sujeto. En palabras del propio Boaventura de Sousa Santos “responder al otro como sujeto de conocimiento es progresar en el sentido de elevar al otro del estatus de objeto al estatus de sujeto. Esta forma de conocimiento como reconocimiento es la que denomino solidaridad” (Santos, 2006, p. 26).

Conclusiones

Afirmamos que las Universidades debemos avanzar hacia un mayor compromiso social con las comunidades aledañas a nuestros campus. En esta perspectiva proponemos un modelo de intervención comunitaria des-institucionalizado, que implica su materialización desde Centros de estudio o formación, con acompañamiento directo de académicos/as universitarios/as.

Proponemos la inmersión de grupos de estudiantes que, en ciclos, etapas o periodos, vayan desarrollando un despliegue múltiple en las poblaciones, considerando 5 fases:

- i. Inserción comunitaria consensuada con la comunidad;
- ii. Rescate de la Identidad Comunitaria: mediante procesos de recuperación de memoria histórica
- iii. Consolidación de vínculos: renegociando permanentemente la necesidad de la intervención a la luz de una reflexión crítica sobre el asistencialismo;
- iv. Investigación activista: con compromiso académico situado en los barrios;
- v. Reflexión crítica permanente: que otorgue y verifique el sentido político de la práctica y de la formación.

Si un grupo de estudiantes con asesoría académica directa desarrolla este proceso durante un periodo mínimo de tres años, podemos advertir la co-construcción de un modelo de trabajo social ético-político emancipatorio. A lo menos, es nuestra experiencia en Población Santa Rosa y Villa Las Almendras, de la comuna de Chillán.

Si los barrios participantes están inmersos en un territorio común se pueden potenciar nuevas conexiones, transmisión de experiencias, transferencia de buenas prácticas, reforzamiento del tejido social. Podríamos estar actuando orgánicamente en código gramsciano y estaríamos construyendo sujetos con conciencia de clase.

Para poder materializar este modelo “se requiere de educadores que, en su condición de intelectuales orgánicos, realicen un ejercicio de su práctica pedagógica orientada a generar las condiciones necesarias para la elevación de la conciencia social, ética y política de los educandos” (Jarpa-Arriagada, 2015). En efecto, nos desafía a profundizar la formación ético-política de los nuevos/as Trabajadores/as Sociales, pero también nos desafía a crear más proyectos fuera de la lógica funcional-estructural. Proyectos que encarnen el perfil de egreso

declarado, dónde la conexión con lo popular no sea sinónimo de lo que está al margen, sino que aquello que adquiere valor a la luz de las luchas diarias de actores sociales que afrontan día a día la desigualdad y la discriminación. Como afirma Scribano (2011) “las marcas de los bordes constituyen los volúmenes relativos de vivencia del juego autonomía/heteronomía...” (p. 310). En nuestra postura de formación y acción activista apostamos por la emancipación, esto es, por la autonomía.

Bibliografía

- Bauman, Z. (2017). *Modernidad líquida*. Madrid: Fondo de Cultura Económica de España, S.L.
- Cortina, A. (2008). Ética pública desde una perspectiva dialógica. *Revista de Trabajo Social, Pontificia Universidad Católica de Chile*, (74), 63–70.
- Duarte, C. (2012). Condicionantes de la intervención comunitaria en Chile. *Revista Perspectivas*, (23), 151–164.
- Duarte, C. (2013). Procesos de construcción del trabajo social en Chile. De historia, feminización, feminismos y ciencias. *Eleuthera*, 8, 253–270.
- Escartín, M. J. (1994). *Introducción al trabajo social*. Alicante: Aguaclara.
- Ezcurra, A. M. (2011). *Igualdad en Educación Superior. Un desafío mundial*. Los Polvorines: Universidad Nacional de General Sarmiento; IEC-CONADU.
- Giraldo-Zuluaga, G. A. (2015). Ciudadanía: aprendizaje de una forma de vida. *Educación y Educadores*, 18(1), 76–92. <https://doi.org/10.5294/edu.2015.18.1.5>
- Gramsci, A. (1970). *Antología*. Madrid: Siglo XXI.
- Gramsci, A. (1981). *Cuadernos de la cárcel*. Puebla: Universidad Autónoma de Puebla.
- Gramsci, A. (1999). *Introducción a la Filosofía de la praxis*. México, D.F.: Fontamara.
- Gutiérrez-Aguilar, R. (2017). *Horizontes comunitario-populares: producción de lo común más allá de las políticas estado-céntricas* (Primera edición). Madrid: Traficantes de Sueños.
- Healy, K. (2001). *Trabajo social: perspectivas contemporáneas*. Madrid; A Coruña: Ediciones Morata; Fundación Paideia.
- Heron, B. (2005). Self- reflection in critical social work practice: subjectivity and the possibilities of resistance. *Reflective practice*, 6(3), 341–351.
- Jarpa-Arriagada, C. G. (2015). Función política de la educación en el pensamiento de Antonio Gramsci. *Cinta de Moebio*, (53), 124–134.
- Jarpa-Arriagada, C. G., Castillo, P., & Toro, K. (2014). Significados que los sujetos de intervención le atribuyen a la relación profesional desarrollada con trabajadores sociales. *Revista de Trabajo Social, Pontificia Universidad Católica de Chile*, (87), 3–14.
- Matus, T. (1999). *Propuestas contemporáneas en trabajo social: hacia una intervención polifónica* (1. ed). Buenos Aires: Espacio Ed.
- Montaño, C. (2004). Hacia la construcción del Proyecto Ético-Político Profesional crítico (pp. 1–12). Presentado en XVIII Seminario Latinoamericano de Escuelas de Trabajo Social-ALAETS, Costa Rica.
- Montaño, C. (2007). Trabajo Social e intervención: la politización de la acción profesional (pp. 1–18). Presentado en VII Coloquio Internacional de Estudiantes de Trabajo Social, Puno, Perú.

Netto, J. P. (2008). El orden social contemporáneo como desafío central. *Revista de Trabajo Social, Pontificia Universidad Católica de Chile*, (74), 31–46.

Payne, M. (2012). *Teorías contemporáneas del trabajo social: una introducción crítica*. Barcelona: Paidós.

Santos, B. de S. (2006). *Conocer desde el Sur: para una cultura política emancipatoria*. Lima: Fondo Editorial de la Facultad de Ciencias Sociales, UNMSM.

Scribano, A. (2011). Lo popular, lo subalterno y la decisión del Imperio. En *Transformación social, memoria colectiva y cultura (s) popular (es)*. Buenos Aires. Recuperado a partir de <http://site.ebrary.com/id/10806661>

Vidal-Molina, P. (2009). *Aproximación a una caracterización del espacio socio-ocupacional del Trabajo Social en Chile* (p. 69). Santiago de Chile.

Zamanillo, T., & Martín, M. (2011). La responsabilidad política del Trabajo Social. *Trabajo Social Global*, 2(3), 97–115.

" ... los seres humanos nos constituimos como personas cuando otros nos reconocen y nosotros les reconocemos.

En dicha alteridad se descubre un vínculo que nos interpela a una relación más allá de una mera exigencia.

Postula una relación consciente, comprometida, profunda, ética-política"

CARMEN GLORIA JARPA ARRIAGADA

Intervención comunitaria crítica con enfoque de género²

Dra. Cory Duarte Hidalgo³

En los últimos años, hemos observado un paulatino avance del movimiento feminista. Las calles y redes sociales han permitido difundir las distintas demandas, posturas y corrientes. El movimiento feminista, luego de un arduo trabajo, se ha tomado la agenda pública al posicionar temas como al acoso callejero e introducir modificaciones en el plano ejecutivo y legislativo, contando con una serie de cambios legales que reconocen la existencia de femicidios y han mejorado la situación de las mujeres en el ejercicio de sus derechos. Así, la visibilidad del feminismo a nivel global ha permitido llegar a nuevas generaciones más conscientes de sus derechos y con mayores posibilidades de criticar sus privilegios; esta tendencia es observable en trabajo social y hoy cada vez más personas se identifican como feministas.

En el entretreído de estos asuntos, me atrevo a hacer algunas afirmaciones respecto de ciertos puntos que, relacionado con lo anterior, considero claves para la intervención comunitaria en trabajo social. Si bien, me situaré desde el enfoque de género, utilizo éste como categoría analítica enraizada en los feminismos y en su crítica a la visión androcéntrica del conocimiento y actuar humano. De esta forma, el enfoque de género, y más aún los feminismos, como formas de conocer, representan posturas críticas que evidencian las desigualdades, reivindican los derechos y exigen libertad y autonomía para los sujetos. En este sentido, podemos afirmar que esta visión teórica y práctica nos posiciona en lo que se entiende como trabajo social crítico. Para ello afirmamos que, el trabajo social como profesión se inserta en la división social y técnica del trabajo imperante en el modo de producción capitalista (Iamamoto, 1997); pero no es solo eso, sino que también atraviesa elementos asociados a la división sexual del trabajo. Lo anterior, nos permite reconocer la trascendencia del patriarcado en la organización disciplinar y profesional, y por ende, considerarlo como un elemento vital en los análisis de los procesos históricos y sociales que explican el desarrollo profesional del trabajo social y de las intervenciones que en su nombre se ejecutan. La incidencia del patriarcado como sistema de dominación y opresión es un aspecto invisibilizado por la gran mayoría de los autores en trabajo social, debido a que, nuestras estructuras y formas de vida responden también a la lógica hegemónica instaurada por el heteropatriarcado, y como tal, es difícil identificarla a cabalidad.

² Presentación realizada en el cuarto aniversario del Centro de Intervención e Investigación Social, Escuela de Trabajo Social, de la Universidad del Bío-Bío, sede Chillán

³ Chilena, Asistente Social, Licenciada en Trabajo Social. Máster en Trabajo Social Comunitario. Máster en Estudios Feministas. Máster en Inmigración, refugio y relaciones intercomunitarias. Doctora en Trabajo Social. Departamento de trabajo social, Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales, Universidad de Atacama, Copiapó, Chile. Correo electrónico: cory.duarte@uda.cl

El campo de acción y la intervención del trabajo social están permeadas por múltiples intersecciones entre distintas formas de opresión. Por tanto, y como en casi todo orden de cosas, las múltiples manifestaciones de la “cuestión social” se deben analizar y enfrentar como asuntos en los que se cruzan aspectos relacionados con género, raza, etnia, clase, etc. En este orden de cosas, distinguimos al trabajo social como una profesión que ha sido pensada para enfrentar la cuestión social, formando un cuerpo de profesionales que intervienen en/con la subalternidad. Por ello es importante pensar que la gran apuesta transformadora del trabajo social no puede hacerse sino es basada y situada en un proyecto ético y político antipatriarcal, antirracista y emancipatorio.

La construcción de un proyecto ético político de dichas características requiere de pensar y repensar elementos asociados a la política afectiva, planteando la posibilidad de gestar acciones empapadas de lo relacional de la vida colectiva, permitiéndonos afectar y afectarnos por las experiencias colectivas/comunitarias. Este ejercicio político ha de configurarse racional y críticamente, considerando tanto la historicidad de las comunidades y personas como la territorialidad de las mismas. Considerar los aspectos afectivos de las comunidades permite evidenciar los cuidados, el tejido comunitario, la memoria larga y corta, los ciclos colectivos, el territorio como espacio afectivo de la vida cotidiana. Tender hacia una política afectiva, en una ética de los cuidados, permite contrarrestar el avance del capital contra la vida, en una lucha que valora el buen vivir y los aspectos relacionales de la vida cotidiana.

Lo expresado anteriormente no es una elegía que ingenuamente enarbola lo relacional/emocional sobre otros aspectos. Por el contrario, un proyecto ético político de estas características, requiere de una base teórica, epistémica y metodológica fuerte y sólida, que tome en cuenta las relaciones de dominio y sumisión que existen. Lo planteado aquí es que el proyecto ético político del trabajo social debe tener un componente relacional que considere en su base las diversas intersecciones que se establecen entre las diferentes formas de dominación. De tal manera que, el trabajador y la trabajadora social, en el contexto de un proyecto ético político antipatriarcal, antirracista y emancipatorio, ha avanzar en la comprensión de sus prácticas políticas, reconociendo en ellas las diferentes formas de opresión, y las diversidades situadas geo-corpo-políticamente. En este sentido, uno de los grandes desafíos para asumir esta mirada es despatriarcalizar las prácticas comunitarias, avanzando hacia la emancipación de las personas y comunidades. Para ello es necesario una toma de conciencia que, como señalaba bell hooks⁴ (2017), implica conocer y aprender sobre las múltiples dominaciones, sobre las formas en que llegaron a institucionalizarse y las maneras en que estas se perpetúan y mantienen. La toma de conciencia en nuestra profesión es propiciada en la formación universitaria, pero debe ir más allá, con tal de que no sea un discurso vacío, sino más bien, una práctica dotada de sentido y contenido político, uno que afecta, que es crítico, interseccional y que apunta hacia la emancipación. En dicho sentido, las

⁴ Su verdadero nombre es Gloria Jean Watkins, pero entrará en los libros de historia como **bell hooks**, así, en minúsculas, que es como pretende pasar ella por la vida para que lo que destaque no sea su figura, sino sus ideas.

entidades formadoras de trabajadores y trabajadoras sociales han de adquirir un compromiso férreo con la formación para la igualdad entre los géneros, generando planes y programas que incentiven el pleno ejercicio de los Derechos Humanos como marco de actuación y guión emancipatorio de las intervenciones, investigaciones y sistematizaciones realizadas en trabajo social. El trabajo social requiere de agentes, promotores y defensores de los derechos humanos, de los derechos de las comunidades; de profesionales militantes activos contra la injusticia y la opresión.


De esta forma, creo que el trabajo social busca la emancipación y no el empoderamiento. Las personas tienen poder, lo que no tienen es libertad para ejercer ese poder. Por eso, orientarnos hacia la emancipación es un hilo que dota de protagonismo a las comunidades, es respetar su dignidad y visibilizar los procesos de resistencia ante las opresiones y dominaciones. Hablar de emancipación nos remite al ejercicio de la autonomía y a la constitución de sujetos capaces de ejercerla (Martínez y Agüero, 2015). En este sentido, tener a la emancipación como un fin a alcanzar es posibilitar el protagonismo de los sujetos. Lo anterior constituye dos desafíos, por un lado, comprender que las comunidades pueden negociar e influir en las materias que les concierne, de manera autónoma, participando y construyendo estructuras políticas y acción colectiva. Por otra parte, un trabajo social que promueve la emancipación de los sujetos y las comunidades ha de contar con profesionales de sólida preparación, no sólo en lo teórico sino también en los aspectos relacionales, políticos y valóricos necesarios para lograr un proyecto ético político marcado por estos aspectos.

El trabajo social crítico genera una acción transformadora que busca la emancipación y que a su vez es profundamente antipatriarcal, antirracista, anticapitalista y decolonial (Martínez Agüero, 2015). En este sentido, se requiere de profesionales situados, comprometidos con los procesos de transformación, pero también poseedores de un profundo bagaje teórico, epistémico y metodológico, capaces de transformarnos en los lazos que permiten los diálogos con los territorios y comunidades. El abordaje de estos aspectos implica la valoración de los saberes populares, los colores, sabores y aromas de la vida comunitaria, elementos que, sin lugar a duda, componen las identidades y permiten la emergencia de las subjetividades.

Un trabajo social emancipador implica una subversión al sistema, desafiar la esencia de las estructuras que nos oprimen. Comprometerse a ello implica reconocer los propios privilegios y trabajar en su deconstrucción, interpelar sus realidades, desnaturalizar las prácticas opresivas y desmontar los discursos hegemónicos; es también, despojar a lo comunitario de su registro moral y dar cabida a lo común como actividad práctica que pueda generar un sujeto colectivo (Laval y Dardot, 2015). Un trabajo social emancipador considera como sujeto colectivo a la comunidad, la cual se transforma en “principio incluyente que cuida la vida” (Paredes, 2008, p. 8), asumiendo la defensa de lo común, de la tierra-territorio y de los cuerpos que conforman la comunidad, de manera que, en el cuerpo comunidad confluyen todas las luchas, tanto las de carácter individual como las de matiz colectivo (Dorronsoro, 2013). En este sentido, el gran

desafío es reconocer a las comunidades como cuerpo que siente y se mueve, con potencial político liberador (Cabnal, 2010), en un continuo movimiento que incorpora cuerpos, espacios, tiempo y memoria (Paredes, 2010). Bajo estas miradas, se comprende a la comunidad de forma amplia, en movimiento y libertad, en un ejercicio en el que la convivencia colectiva fluye hacia la comprensión (Gargallo, 2014), alejándose del control mediante el cual el estado-nacional y las instituciones ha intentado ajar el tejido comunitario.

Un trabajo social que se declara antipatriarcal, antirracista y emancipatorio dialoga con las comunidades y los conocimientos de los márgenes, les da valor y reconoce sus sentidos. Avancemos en recopilar relatos de experiencias comunitarias, de intervenciones realizadas por colegas, de movimientos y acciones colectivas en las que participamos. Atrevámonos a construir, a soñar, a estar en movimiento, a cuestionar, a bailar y a reír. Solo afectando y afectándonos podemos avanzar en la construcción de un proyecto ético y político antipatriarcal, antirracista y emancipatorio.

A close-up photograph of several plumeria flowers in shades of pink and yellow, with green leaves and stems. The flowers are in various stages of bloom, some fully open and others as buds. The background is a soft, out-of-focus green and grey.

" ... el trabajador y la trabajadora social, en el contexto de un proyecto ético político antipatriarcal, antirracista y emancipatorio, ha de avanzar en la comprensión de sus prácticas políticas, reconociendo en ellas las diferentes formas de opresión, y las diversidades situadas geo-corpo-políticamente."

CORY DUARTE

Despolitización e invisibilización del Trabajo Social⁵

Luis Vivero Arriagada⁶

Tal vez el Trabajo Social debe ser una de las disciplinas de las ciencias sociales más políticas y paradójicamente despolitizadas. Pareciera ser una contradicción, pero tiene su explicación en el desarrollo histórico del último medio siglo de su existencia en Chile.

En efecto, en el campo de las ciencias sociales, es una de las disciplinas de más larga trayectoria, esto a pesar que en el libro de Manuel Antonio Garretón “Las ciencias sociales en la trama del Chile actual”, ni siquiera aparece mencionada.

En 1925, en medio del clima de conflictos sociales y políticos, marcada por la crisis de la oligarquía y el parlamentarismo, en Chile se crea la primera Escuela de Servicio Social de América Latina, conocida con el nombre de Escuela Dr. Alejandro del Río. Por otro lado, recién en Chile, en el año 1950 y 1954 se abren las carreras de Sociología y Antropología respectivamente. Es decir, el inicio de la enseñanza formal del Trabajo Social en Chile y en América Latina, ocurre a más de un cuarto de siglo antes de la creación de estas dos carreras.

Si bien es cierto que en aquellos años, tenía una influencia filantrópica y cristiana, no es menos cierto que la base de la acción profesional, ya estaba sustentada por sólidos fundamentos científicos. Asimismo, las primeras profesionales, que provenían en su gran mayoría de los sectores de la oligárquica y de la burguesía, desarrollaron una acción profesional, con un claro sentido político, cuestionando implícita o explícitamente las causas estructurales de la desigualdad y la pobreza, como bien lo constata la historiadora chilena María Angélica Illanes.

El sentido político de la disciplina se vio fortalecido en la década del sesenta, con el llamado movimiento de Reconceptualización. En los años sesenta y principios del setenta, es un periodo de gran relevancia en la historia social y política de América Latina. Los sueños de cambios profundos en la sociedad latinoamericana y, en particular, los cambios en favor de los grupos marginales y oprimidos, parecían estar al alcance de la mano. En este escenario, las ciencias sociales levantaron importantes discusiones respecto de las condiciones que vive América Latina, lo cual queda plasmado en distintos debates intelectuales y producción teórica, entre las cuales una de las más reconocidas es la Teoría de la Dependencia.

En este campo de debates y tensiones, el Trabajo Social no quedó al margen. En el ámbito universitario, tanto estudiantes como académicos abrieron un cuestionamiento respecto del rol

⁵ Publicación aparecida en “El Desconcierto”, con fecha 6 de julio de 2017.

⁶ Trabajador Social, Dr. en procesos sociales y políticos en América Latina, Académico de la Universidad Católica de Temuco.

y función que cumplía la universidad en la sociedad chilena, lo cual significó un intenso debate político e intelectual. En términos concretos, académicos, estudiantes y profesionales de diferentes campos institucionales, se insertaron en movimientos sociales y políticos, y muchas intervenciones se implementaron desde la comunidad y con un explícito contenido político. El avance y la ruptura teórica y práctica, se construyeron al calor de las luchas sociales y populares, como también estructuradas desde el Estado. Tanto en el gobierno de Eduardo Frei Montalva (1964-1970), como en la Unidad Popular con Salvador Allende Gossens (1970-1973), se impulsó la organización y participación social, bajo la consigna de “promoción popular” y “poder popular” respectivamente, donde el Trabajo Social tuvo un rol fundamental.

Con el golpe de Estado del 11 de septiembre de 1973, que se traduce en una dictadura cívico – militar de 17 años, el Trabajo Social sufrió un significativo retroceso respecto de todo aquello que se había logrado con el movimiento de Reconceptualización. Entre varios aspectos, esto se ve traducido en la reinstalación de una formación conservadora y moralista, que se sustenta en perspectivas que reproducen formas de intervención de carácter asistencialistas y tecnocráticas, las cuales se habían dado por superadas hasta antes del Golpe de Estado. Sobre todo, se impone la despolitización de la disciplinaria, la cual se traduce en un discurso y práctica tecnocrática, burocrática y una supuesta neutralidad axiológica y política, centrada en la intervención individual, lo cual será funcional a la nueva visión de mundo: el neoliberalismo.

Ya transcurrido más de medio siglo de lo que fue el movimiento de Reconceptualización y más de 40 años del Golpe de Estado, hoy podemos ver cómo el neoliberalismo ha permeabilizado todos los campos de la vida societal, y en consecuencia se ha constituido como una ideología hegemónica. En tal sentido, el Trabajo Social ha quedado relegado a una función instrumental, de control social e incluso de moralización de la vida cotidiana en ciertos ámbitos del ejercicio profesional. Esto es una expresión concreta de las lógicas más conservadoras que se robustecieron durante la dictadura, y que aún hoy no han sido superadas. La formación tecnocrática que domina gran parte de lo que ha sido este último medio siglo, sumado a una explosión en la oferta académica, con una evidente asimetría en los procesos de formación, han contribuido a consolidar y naturalizar esta idea de una profesión de la acción, sin considerar que en ese campo de acción hay intereses, contradicciones y conflictos que deben ser develados. Mientras menos se visibilicen los conflictos y contradicciones, más fácil resulta la dominación y la reproducción de la exclusión y desigualdad.

Así entonces, lo que hoy ocurre con el Trabajo Social invisibilizado como ciencia social crítica y praxiológica tiene que ver con la configuración de un campo ideo-político que le resulta funcional que las ciencias sociales sean apolíticas, deshistorizadas y acríticas. Y curiosamente, dentro del mismo campo de las ciencias sociales, se ha caído en este juego de

poder, de ubicar unas ciencias por sobre otras, y no hacer las distinciones epistemológicas, praxiológicas y políticas que cada una cumple en la totalidad histórica.

¿Cómo se constata esta despolitización? Ya hemos dicho que con la dictadura, se intenciona la formación y práctica de un Trabajo Social neutro y tecnocrático. Esto se irá proyectando desde el campo ideológico al sentido común más puro, incluso en el mismo discurso de los y las profesionales. Hoy lo vemos expresado en las más diversas formas y discursos. Veamos cómo esto se presenta en dos casos de la cotidianidad:

En los años sesenta y setenta del siglo recién pasado, los estudiantes de Trabajo Social tenían una activa presencia en el campo político universitario. Centros de Estudiantes con una inserción política más allá del ámbito estudiantil. También con participación en las Federaciones de Estudiantes. Hoy son muy pocos los o las estudiantes de Trabajo Social que tienen cargos en las Federaciones. Y cuando integran alguna lista, ocupan mayoritariamente una vocalía o secretaría de bienestar social. Es decir, reproduciendo mecánicamente el discurso de una disciplina relacionada con la ayuda, la caridad y la neo filantropía. Como ejemplo, en ninguna de las dos listas que competían a la Federación de Estudiantes de la Universidad Católica de Temuco, había presencia de estudiantes de Trabajo Social.

Segundo ejemplo: Hoy en la contienda política, leemos o escuchamos las presentaciones de precandidatos/a: la periodista Beatriz Sánchez, el periodista Alejandro Guillier, el técnico agrícola Manuel José Ossandón, etcétera. Pero no se escucha mencionar la Asistente Social Carolina Goic. Y cuando esto ocurre, es para subvalorar su candidatura, como ocurrió en el programa “En buen chileno” de Canal 13, cuando Sergio Melnick, le dice “yo he escuchado a mucha gente que te descalificaba por ser Asistente Social”. Y ella atina a decir que además tiene un máster en economía aplicada.

¿Por qué se ha invisibilizado su estatus político y científico del Trabajo Social? Los debates para responder esto son muy extensos y no menos controversiales. Pero sin duda uno de los puntos de partida tiene que ver con lo que durante la dictadura se construyó y se fortaleció durante lo que llevamos de los gobiernos de democracia pactada. Por supuesto que hay discusiones epistemológicas, que aumentan la controversia en el campo de las ciencias sociales y de la propia disciplina. Sin perjuicio de ello, estimamos que el Trabajo Social es una de las disciplinas de las ciencias sociales más políticas, porque su campo de acción tiene que ver con involucrarse dialécticamente en los espacios en que se vivencian cotidianamente la injusticia y desigualdad, y al mismo tiempo, se instala en el campo institucional, un campo de poder político y tecnocrático, que representa la estructura ideológica dominante.

Para el establishment, es peligroso que una disciplina que cotidianamente interactúa con sujetos, grupos y comunidades que viven en condiciones de exclusión, además asuma explícitamente su rol político. Los y las trabajadoras sociales a diario se relacionan con quienes son la materialización y la subjetividad de los abusos de las isapres, de las AFP, de la

colusión de las farmacias, de los supermercados, del pollo, del papel higiénico, de la violencia machista, de la xenofobia, el racismo, etc. Por ello, la clase dirigente no puede permitir una formación política de una profesión con estas facilidades de acceder y comunicarse con las “clases peligrosas”. La salida, o la estrategia es contrarrestar la raíz política y crítica, desde dentro de la disciplina, con un discurso apolítico, acrítico, y deshistorizado. Desde la década del ochenta, amparado en las reformas estructurales y mercantilizadoras del sistema educativo, se amplía la oferta de formación académica y se impone un currículo conservador y tecnocrático, que se ha diseminado peligrosamente en un tipo de Trabajo Social que yo he denominado neo-conservador, ecléctico y “apolítico”.

Esta profesión es probablemente la que más conocimientos tiene sobre problemáticas contingentes, e históricas, como la exclusión, la desigualdad social, cultural y política, representada por ejemplo en la violencia de género, la vulneración a los derechos de niños y niñas, los atropellos que vive el pueblo mapuche, etc. Pero no son trabajadores/as sociales a quienes se les invita a debatir en algún programa de radio, televisión, o algún medio escrito, porque tal vez desde el imaginario que han instalado la elites, esta disciplina es de la acción, no de la reflexión, no de la construcción de saberes. Y además, puede ser peligroso hablar desde la experiencia concreta y articulada con las concepciones filosóficas y teóricas. Parafraseando a Marx en la onceava tesis sobre Feuerbach, una disciplina que no solo describe o interpreta la realidad sino que además contribuye a su transformación.

En medio del debate que se instala en torno a la despenalización del aborto en las tres causales, la crisis del sistema de seguridad social (Isapres y AFP como caso paradigmático de esto), la protección al medio ambiente, la sobre –explotación de los recursos naturales, los derechos de los pueblos ancestrales, la violencia contra el pueblo mapuche, la violencia machista, entre otros tantos temas, el Trabajo Social no puede seguir siendo un simple espectador. En cada uno de los temas mencionados, y de tantos otros, esta disciplina no solo desarrolla una intervención que busca contribuir a mejorar las condiciones materiales y subjetivas cotidianas y concretas, sino que para ello, analiza, reflexiona, levanta nuevos conocimientos que se ponen a disposición de aquellas intervenciones. Pero muchas veces el poder se limita a mantener el estatus quo.

Hoy el Trabajo Social avanza en la recuperación de su estatus político, tanto al interior de las ciencias sociales, como en el contexto cotidiano, en que desarrolla su acción profesional.

" ... estimamos que el Trabajo Social es una de las disciplinas de las ciencias sociales más políticas, porque su campo de acción tiene que ver con involucrarse dialécticamente en los espacios en que se vivencian cotidianamente la injusticia y desigualdad, y al mismo tiempo, se instala en el campo institucional, un campo de poder político y tecnocrático, que representa la estructura ideológica dominante."

LUIS VIVERO ARRIAGADA

La verdad se camina: Un principio para el Trabajo Social político

Claudia Garrido Carrasco⁷

Sabemos que la ciencia moderna se fundamenta en la noción de verdad y razón, conceptos a partir de los cuales se desprenden otras categorías que han impregnado el quehacer de las comunidades científicas, a saber; la evidencia empírica y la neutralidad. Sin embargo, la producción de datos desde Trabajo Social, en tanto parte de las Ciencias Sociales y Humanas, y a diferencia de otros enfoques de investigación de carácter científico y universal; no es neutra, y no lo es ya que se hace parte de los procesos de interpretación histórica en que dichos datos son producidos. Aquí, Aristóteles nos resulta iluminador al distinguir entre la *techné* (técnica) y la *phronesis* (prudencia), conceptos en los que Habermas ha basado buena parte de su argumentación teórica. Fue el filósofo alemán, quien hacia fines de la década del sesenta, articuló la relación entre ciencia, técnica e ideología, distinguiendo tres concepciones de la realidad correspondientes al saber empírico, hermenéutico y crítico. El interés de Habermas, se centraba en la relación existente entre progreso técnico y mundo de la vida y de cómo se traducían las informaciones científicas a la conciencia práctica.

Lo que Habermas planteaba, era su preocupación por el dominio técnico – a raíz de los eventos catastróficos del siglo XX –. Y ello, a partir de la constatación de que las informaciones provenientes de las ciencias experimentales permean el mundo de la vida a través del saber tecnológico. De ahí su pregunta acerca de cómo mediar la relación entre el progreso técnico y el mundo de la vida, proponiendo el deber de someter dicha conexión a los controles de la discusión racional; en definitiva: a una reflexión científica. Para Habermas, la formación no puede restringirse a la dimensión ética personal (privada), sobretodo en la esfera política, puesto que dicha formación teórica para la acción tiene que ser el resultado de una comprensión del mundo explicitada científicamente. Esto, ya había sido esbozado en *Teoría y praxis* (1966), cuando se criticaba a los “ingenieros del orden correcto” como quienes podían prescindir de las categorías de trato moral y se comportaban según reglas calculables, cual objetos de la naturaleza. Dicho desprendimiento de la política respecto a la moral, sustituía, en la interpretación de Habermas, la preparación para la vida buena y justa.

Es mediante esta buena vida aristotélica, que podemos recuperar las nociones de diálogo y participación, puesto que es así como se crea la esfera pública en la que se resuelven aquellas condiciones de vida juzgadas como inaceptables. En relación con lo anterior, la propuesta del principio zapatista “la verdad se camina”, contribuye a pensarnos como parte de procesos políticos de transformación social, inestables, inacabados, caóticos, pero en cuyo horizonte se integra la cuestión tan cara para nuestros países neoliberales: la construcción colectiva.

⁷ Doctora en Ciencias Políticas, Trabajadora Social.

Mediante ese aprendizaje del pensar/sentir zapatista, proponemos la posibilidad de seguir caminando hacia una otra Ciencia Social que, tal como lo vienen planteando las epistemologías críticas y decoloniales, no nos escinda el cuerpo del pensamiento. Una epistemología de las Ciencias Sociales, refiere a un pensar-actuante no divorciado de lo político, corporal y ético; a un saber que se articula con la vida cotidiana de personas concretas y se rebela contra los nuevos procedimientos de expropiación material y simbólica de esas vidas.

Para entender la formación en pensamiento crítico

Una posibilidad de asumir la lucha por la dignidad de los pueblos latinoamericanos, es replantearse los desafíos de las Ciencias Sociales en las condiciones sociopolíticas actuales, observando cuáles son nuestras formas de producción de conocimiento y formación académica. Si la ciencia es un modo cultural de ver la realidad (Panikkar, 2009) entonces, asumimos que nuestras epistemologías no pueden estar escindidas de los problemas sociales y de la construcción de democracias radicales. Es en este intento de vincular la educación con una comprensión de nuestras sociedades, que incorporamos el principio zapatista, en tanto pedagogía práctica de un saber y construir realidad.

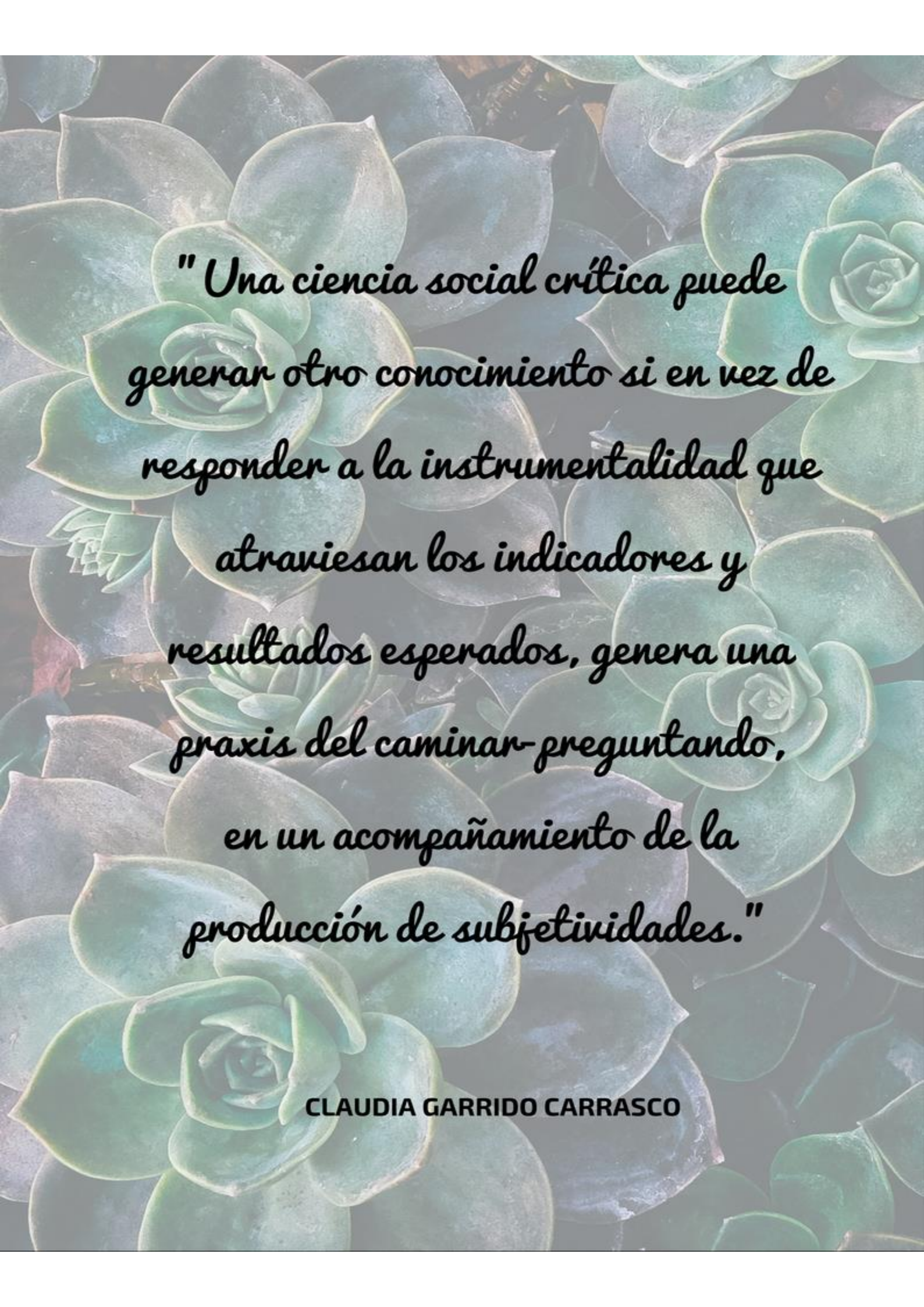
Lo antecedente, insta a preguntarnos no sólo desde qué marcos de comprensión nos acercamos a los fenómenos político-sociales, sino también ¿quién está definiendo lo que necesitamos saber? ¿quién y cómo se priorizan las áreas de financiamiento? Ello, nos insta a desbordar la instrumentalidad de una política educativa neoliberal y productivista, para pensar la creación de conocimiento fuera de ella. Parafraseando al zapatismo ¿podemos pensar una ciencia social donde quepan otras ciencias sociales? ¿Deberíamos trascender límites disciplinarios y asumir la complejidad de la cuestión social que hoy nos interpela?

Y es en el sentido anterior, que la pedagogía crítica del zapatismo, nos enseña a poner el plano ontológico como base de la epistemología (Frigotto, 2012). Esto significa asumir una política de la contingencia en el sentido de volcar nuestras investigaciones a lo que ocurre en la cotidianidad y la convivencialidad. Un antecedente para ello, es lo que nos vienen señalando los informes de Derechos Humanos (2017) y de las Naciones Unidas para el Desarrollo en Chile (2017), según los cuales, las personas no están respondiendo a la cuestión instrumental de la política (estrategias), sino, a un deseo de colectividad que se ve imposibilitado en su despliegue por los procesos de despolitización e individualización.

Una ciencia social crítica puede generar otro conocimiento si en vez de responder a la instrumentalidad que atraviesan los indicadores y resultados esperados, genera una praxis del caminar-preguntando, en un acompañamiento de la producción de subjetividades. No se trataría entonces de acercarse a los fenómenos que las ciencias sociales investigan en una entrada-salida al campo de estudio en tanto objeto, sino a un interés por dar sentido de inteligibilidad a los discursos reivindicativos de la vida cotidiana. Esto quiere decir, poner en el debate público aquellas interpelaciones contra-públicas en el decir de Nancy Fraser, evidenciando las áreas de injusticia social que dichas interpelaciones nos revelan.

Se trata en definitiva, de debatir públicamente la posibilidades de resistencia a los modos de relación social capitalistas que impregnan nuestras vidas con altos niveles de desgaste, productividad y endeudamiento y que por lo mismo, pareciera sumirnos en un acuerdo tácito y desesperanzado respecto de una transformación social.

Creemos que de la subjetividad de las vidas cotidianas, emergen las preguntas más apremiantes por las condiciones de dignidad y, en este sentido, apostamos por un Trabajo Social crítico, capaz de asumir el destino de la incertidumbre de la democracia que hoy vivimos: recuperando voces y formas de organización que nos permita no solo producir conocimiento acerca de modos de relación social y sus áreas problemáticas, sino además, interpelar la hegemonía de discursos orientados a la identidad de consumidores/as, para debatir fenómenos actuales; a saber: el trato social o lógicas criminalizantes y clasistas de control social, por ejemplo.



"Una ciencia social crítica puede generar otro conocimiento si en vez de responder a la instrumentalidad que atraviesan los indicadores y resultados esperados, genera una praxis del caminar-preguntando, en un acompañamiento de la producción de subjetividades."

CLAUDIA GARRIDO CARRASCO



CISETS

**CENTRO DE INTERVENCIÓN E INVESTIGACIÓN SOCIAL
ESCUELA DE TRABAJO SOCIAL**

**UNIVERSIDAD DEL BÍO-BÍO
CHILLÁN**